

Después de la cristiandad. Por un cristianismo no religioso, Gianni Vattimo. Traducción de Carmen Revilla. Paidós, Barcelona, 2004, 172 páginas.

Una curiosa parábola traza Vattimo al «creer que cree» en Dios, partiendo de la falta de fundamento del mundo posmoderno y de dos pensadores a menudo tomados como emblemas del ateísmo contemporáneo: Nietzsche y Heidegger. La nietzscheana muerte de Dios es leída como la ausencia de un Dios metafísico, creador pero ajeno al mundo y garante de la objetividad del sentido. Vattimo lo sustituye por el Dios encarnado en Cristo, que hace de la redención una cuestión histórica, terrenal, como quería Joaquín del Fiore, otra invocación vattimiana.

El autor propone recuperar lo religioso que hay en todo ser humano y secularizarlo, dando lugar a un humanismo pluralista y tolerante, en el cual la religiosidad de cada sujeto sustituye a las iglesias organizadas. El destino del cristianismo es, precisamente, el ser secularizado y dar lugar a un universo humano que reemplace al siervo del Señor por el amigo de Cristo.

La propuesta de Vattimo es ambiciosa. Puede entenderse como una nueva Reforma que, en lugar de escindir, reunifique los diversos cristianismos, evadiéndose de los dogmas y las autoridades institucionales. También puede percibirse como

la enésima descripción del hombre en tanto animal religioso, que quiere religarse con su creador, esta vez en este mundo, en el tiempo de la historia y en la inevitable asociación con sus semejantes.

Las variedades de la religión hoy, Charles Taylor. Traducción de Ramón Vilá Vernis. Paidós, Barcelona, 2004, 126 páginas.

A casi cien años de las conferencias de William James *Las variedades de la experiencia religiosa*, el profesor Taylor, de la universidad Mac Gill, actualiza el texto y lo compara con los estudios del sociólogo francés Émile Durkheim, acerca de las formas comunes a las distintas instituciones religiosas conocidas en diversas culturas y épocas.

James observó –y de ahí la actualidad de su punto de vista– que la religión se había convertido en nuestras sociedades, en una actitud, más que una actividad, personal, privada, íntima, sustraída a lo social, lo instituido, lo eclesial. Desde luego, al convertirse en conducta y en discurso, alcanzaba y alcanza un ámbito colectivo, por lo cual interesa al sociólogo tanto como al filósofo.

Taylor corrige algunos aspectos del ensayo jamesiano. Por ejemplo: observa que hay una reacción fuerte en las sociedades más avanzadas, a

favor de una restauración de los cultos religiosos como señas de identidad nacional. Y luego, la consecuencia inevitable de toda convicción religiosa que, por personal y privada que sea, propende a mostrarse como verdadera y a persuadir a los demás de su veracidad, aunque más no sea por el ejemplo de una vida duramente sometida a las creencias profundas, que son las más fuertes.

Con lenguaje diáfano y buen orden expositivo, el autor nos sitúa en el meollo de la problemática religiosa de todos los tiempos, o sea la compatibilidad de las verdades creídas como absolutas y la diversidad de las convicciones humanas.

La ley individual y otros escritos, Georg Simmel. Traducción de Anselmo San Juan. Introducción de Jordi Riba. Paidós, Barcelona, 2004, 136 páginas.

Partiendo de Kant y de su imperativo categórico, Simmel se sigue preguntando acerca de quién es el sujeto de la norma que entendemos como ética, universal de necesidad. El modelo kantiano señala que somos todos, cualquiera y, en consecuencia, nadie. Pero entonces ¿cabe una ética que no lo sea de ninguno?

Las salidas apelan a la filosofía de la vida, que no puede escindirse de la razón, y de la existencia concreta de cada cual. La ética es el

deber del sujeto, es decir el deber que nace de la convicción vivencial de cada individuo. Con ello podemos dar en el individualismo, que exalta cuanto nos distingue y ahoga toda semejanza.

La solución propuesta por Simmel se dirige a la herencia moderna, es decir a la triple invocación de la Revolución Francesa. Si bien la libertad, al privilegiar las individualidades, nos aleja de la igualdad, la fraternidad nos reconduce a ella. Y si la vida es unidad e impulso, el ideal que la orienta le da lucidez y hace posible que la existencia de cada quien sea, a la vez, la vida de todos, la convivencia social, una suerte de inestable armonía entre la vida y la norma.

Han pasado dos siglos desde Kant y uno desde Simmel. Sus propuestas siguen en pie, lo cual quiere decir que los problemas por ellos diseñados, no han encontrado solución. La historia continúa postergando sus decisiones esenciales, acaso porque no existen. Por ello hay filosofía y de la mejor, como en los casos aquí tratados.

Carmen de Burgos, Colombine. Contra el silencio, Blanca Bravo Cela. Espasa-Calpe, Madrid, 2003, 254 páginas.

La sociedad española del Novecientos no daba para que aparecie-

ran personajes como Colette, Vita Sackville West o Lou Andreas Salomé, pero ofreció ejemplos combativos, aunque modestos, como los de *Colombine* (1867-1932). Escritora de contados alcances, la mayor parte de cuya obra ha de consultarse hoy en bibliotecas, tuvo una vida privada y pública muy cercana a las luchas de las mujeres españolas por la igualdad jurídica y cultural.

Burgos atravesó una formación profesional difícil, un matrimonio desdichado, una maternidad apasionada hasta la sofocación de la hija, amores extramatrimoniales probados (Ramón Gómez de la Serna) o improbables (Vicente Blasco Ibáñez) en medio de una sociedad convulsa, machista y férreamente vigilada por la Iglesia.

Militante en organizaciones feministas (no obstante ser enemiga del feminismo en tanto sacaba a la mujer del hogar y la obligaba a trabajar como los varones), fundadora de una logia masónica de mujeres, articulista, traductora, novelista, viajera, cronista, repor-

tera de la paz y la guerra, dejó una obra difusa y variopinta, que abarca desde las expediciones militares a Marruecos hasta la receta del cocido madrileño. Le costó escoger su lugar porque no quiso ser maruja, monja ni prostituta. Se lo inventó y lo hizo reconocer por una comunidad mayormente masculina como la letrada.

La biógrafa ha hecho un paciente y minucioso recorrido por la deriva anecdótica y la literatura de Burgos. Ha sorteado las dificultades de una documentación farragosa a la vez que insuficiente, con lo que su rigurosa imaginación hubo de llenar cuantiosos huecos. La simpatía por el personaje no le hizo perder distancias y objetividad, de modo que el texto cumple su cometido y resulta de alta utilidad para el lector que quiera no sólo averiguar la vida de una mujer muy especial sino también asomarse a una época crítica como pocas en la historia de España.

B.M.

El fondo de la maleta

El canto de la lectura

Antes de ponerse a escribir *En busca del tiempo perdido*, Marcel Proust trabajó en una suerte de borrador, destinado a quedar inconcluso, y que Bernard de Fallois exhumó en 1954 con el título de *Contra Sainte-Beuve*. En efecto, en principio Proust quería refutar las teorías del crítico francés pero ya sabemos lo que ocurrió: se le fue la mano o el texto se le fue de las manos y salieron dos o tres mil páginas de una obra inclasificable, acaso también una novela.

En aquel apunte, la conclusión es un rápido ensayo sobre la lectura. La clave proustiana –nunca mejor dicho lo de clave– es musical. Leer es cantar, hallando la partitura no escrita que yace bajo los renglones escritos. «En cuanto yo leía a un autor, distinguía enseguida debajo de las palabras el aire de la canción». El buen lector proustiano solfea lo que lee: pone respiraciones, liga las frases o las marca o las pica, repite *da capo*, acelera o ralentiza, llega a la cadencia final después de incontables tensiones y vacilaciones tonales. Etcétera. Como la vida misma, un etcétera que parece largo y tiene la brevedad de la presencia.

Cada escritor, como cada músico, posee sus tonalidades favoritas y

hasta las exhibe, negativamente, el escritor *blanco* tal si fuera un compositor atonal de las palabras. La música de Faulkner es polifónica, como la de Gide es monódica y la de Beckett, desprovista de tonalidad. El sonido de Valle-Inclán es esmaltado como el de una opéra soprano y si Montaigne canta en voz baja, Victor Hugo y León Felipe lo hacen a pleno pulmón, como tenores heroicos.

De aquella temprana conclusión es una de las fórmulas más acreditadas de Proust: «Los bellos libros están escritos en una suerte de lengua extranjera». Cabe traducir: lengua bárbara. O amplificar: todo bello libro es una barbaridad y merece el elogio del adjetivo correspondiente. Se puede arriesgar la hipótesis de que esa lengua bárbara es la música, entendida como Proust la entendió, como bastidor o cañamazo de la palabra. La música no sólo posibilita al escritor el encuentro de la palabra justa, que siempre es sonido justo aunque no se oiga por la oreja, sino que provee un elemento esencial al pensamiento: la analogía que se obtiene por la modulación. Dos tonalidades se vinculan cuando se modula y así dos imágenes que dan